



Thomas Page McBee

UN HOMBRE DE VERDAD

LECCIONES DE UN BOXEADOR QUE PELEABA PARA ABRAZAR MEJOR

THOMAS PAGE MCBEE UN HOMBRE DE VERDAD

Lecciones de un boxeador que peleaba para abrazar mejor

Traducción de Juan Trejo

Título original: *Amateur: A True Story About What Makes a Man*

© Thomas Page McBee, 2018

© por la traducción, Juan Trejo, 2019

Corrección de estilo a cargo de Sol Míguez Bellán

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-9998-710-1

Depósito legal: B. 26.741-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

¿POR QUÉ HAGO ESTO?

¿Por qué pelean los hombres? ¿Qué es lo que nos empuja a querer que nos golpeen en la cara? ¿Qué provoca que otros quieran verlo?

¿Qué hace que un hombre sea un hombre?

Cuando empecé a inyectarme testosterona tenía treinta años y quería verme guapo. Programé mi transformación, en primera instancia, siguiendo criterios estéticos: la camiseta que por fin me quedaba bien, la elegante curvatura del bíceps, el glorioso despunte de la barba. Me encantaba el aspecto de los hombres, y su olor, y cómo se movían. Me encantaba su soltura y su corpulencia y su despreocupación, sus perfectos afeitados de barbería, el hecho de que su punto de equilibrio físico se encuentre en el pecho. Me encantaba la silenciosa eficiencia de los vestuarios masculinos, el inefable disfrute físico que suponía correr al lado de mi hermano, nuestras sombras recortándose contra los edificios que dejábamos atrás.

Me encantaba ser un hombre en el mismo sentido que me encantaba tener un cuerpo. Reconstruí mi pecho mediante ciru-

gía; cada semana me clavaban una larguísima aguja en los muslos; cambié de nombre y cambié el lugar que ocupaba en el mundo. Todo para poder dejar de ocultarme encasquetándome gorras de béisbol y poniéndome camisetas deportivas de manga larga. Para poder sacarme la camisa y saltar sobre las olas.

Las alegrías de las que disfruté en un principio tenían que ver con la cotidianidad, eran sencillas y estaban enraizadas en la cálida fisicidad de una recién estrenada sensación de libertad: secarme con una toalla después de ducharme y observar de reojo mi pecho plano reflejado en un espejo empañado; o el modo en que la ropa, de repente, se adaptaba a mis hombros cuadrados y a mis estrechas caderas. La nueva masa muscular que marcaba mi forma de caminar, que ensanchaba mis manos, mis pantorrillas, mi garganta. Tocaba el perfil de mis abdominales, medio desnudo en el baño, y los músculos y la piel se armonizaban en el espejo. Me daba la vuelta y el tipo del espejo también se la daba. Yo sonreía y él sonreía. Se expandía al tiempo que lo hacía yo.

Cuando escuchamos historias sobre personas trans, a menudo acaban con ese brillante simbolismo que pretende dar a entender que el hombre o mujer en cuestión ha tenido éxito en su transición, han superado el enorme reto que entraña ser *finalmente ellos mismos*. A pesar de que se trata de una idea inspiradora, e incluso es parcialmente cierta, un embarazo o una experiencia cercana a la muerte pueden causar un efecto similar respecto al sentido y gravedad del asunto, pues alteran nuestro día a día, alteran los recuerdos e incluso la percepción del tiempo en relación con el momento clave... Pero mi historia no acaba aquí. Ni mucho menos.

Soy un principiante, un hombre que nació con treinta años de edad, con un cuerpo que materializa una realidad, vinculada al hecho de ser seres humanos, a la que rara vez prestamos atención. La mayoría de nosotros sufrimos los condicionamientos

relacionados con las cuestiones de género siendo tan jóvenes (está demostrado que es un proceso que se inicia en la infancia) que malinterpretamos la relación entre lo que es natural y lo que aprendemos, entre la cultura y la biología, mezclándolo todo bajo la etiqueta de ser *nosotros mismos*.

Lo que pretende este libro es, precisamente, separar esos dos aspectos. También ha acabado convirtiéndose, mientras lo escribía, en una especie de protección para mí mismo, un método para rastrear y darle forma a mi propia transformación en un entorno cultural en el que demasiados hombres son tóxicos.

Yo también provengo de una larga estirpe de hombres tóxicos.



A medida que la testosterona hacía su trabajo y moldeaba mi cuerpo, su impacto en el mundo que me rodeaba, en tanto que objeto ubicado en un espacio concreto, fue resultándome cada vez más desconcertante: mis expectativas respecto a no tener miedo se yuxtaponían al temor que podía provocar en una mujer cualquiera en una calle oscura y solitaria. Cuando estaba con otras personas, por otra parte, mi voz silenciaba las de los otros. Mis habilidades, de repente, se daban inmerecidamente por supuestas. Como mi fuerza. O mi potencial.

Yo respondía en consecuencia a esos cambios cuando hablaba por teléfono o cuando hablaba con los hombres que atienden en los peajes o en las primeras citas con mujeres. Era como una planta al sol, me desplazaba hacia aquella parte de mí que, de algún modo, se veía recompensada: ya fuese la agresividad, la ambición o la valentía.

Así que me encogía de hombros embutido en camisetas que, de repente, me sentaban de maravilla, intentado fingir que no estaba atrapado entre dos fases. Siempre respondía del mis-

mo modo a los erráticos consejos sobre el tema que me habían ido dando a lo largo del camino de mi transformación; toda una serie de consejos disonantes que había dejado de lado, hasta que un tranquilo día de primavera me vi obligado a afrontar de una vez por todas la grieta que separaba mi pasado de mi nuevo cuerpo.



A los extraños que pasaban por la calle Orchard la escena debió de parecerles intrascendente. Mi aspecto era el propio de un tipo blanco, de unos treinta años, típico del Lower East Side: con tatuajes, delgado, en zapatillas de deporte y con gafas de sol. Pero llevaba ya cuatro años inyectándome testosterona. Mi barba, salpicada de canas, transmitía la experiencia de una vida que todavía no había llegado a vivir.

Por otra parte, estaba con la guardia baja. Acababa de dejar a Jess, mi nueva novia, en mi apartamento, y la promesa de una tarde sin compromisos se extendía ante nosotros, por eso me dirigía a la bodega, para comprar helado. Me fijé entonces en que, finalmente, habían abierto el nuevo restaurante, el del hermoso escaparate, en el edificio de al lado. Con mi recién adquirida confianza, le envié un mensaje a Jess: «Esta noche voy a traerte aquí». Acompañé el mensaje con una foto del lugar, de un estilo «británico moderno», en la que había pillado —debido al centelleante reflejo provocado por el flash, que se disparó accidentalmente— a sus nuevos moradores, sin duda increíblemente interesantes, enmarcados por el ventanal en una luz suave y romántica.

«¡Eh!» Alcé la vista, como si estuviese tomando aire, antes de volver a bajarla, y me fijé en la matizada luz primaveral que se colaba entre las ramas de los árboles. Supe, como suelen saberlo los animales, que las expectativas para aquella noche iban a pa-

sar por las manos de aquel tipo en camiseta blanca y enormes bíceps que venía hacia mí. «¿Le has hecho una foto a mi puto coche?», gritó con una voz extrañamente ronca.

Lo estudié mientras se acercaba. El momento adquirió una extraña relevancia; la gente se apartó sin decir nada, mirando fijamente pero sin intervenir. Ese iba a ser el tercer altercado, o algo parecido, en el que me veía enfrascado en los últimos meses. Resultaba alucinante el modo en que un momento supuestamente idílico podía convertirse, repentinamente, en una situación violenta. Cuando se me acercó, lo miré con miedo.

Una oleada de inquietud y temor me atravesó.

Mi Yo anterior quería echar a correr, como lo había hecho delante de mi padrastro siendo niño. Ese extraño y el hombre que me crio supusieron para mí, durante un instante, el mismo tipo de amenaza simple y aterradora.

«¡Eh!», dijo el extraño. Tenía el pelo oscuro y ondulado, lucía un montón de tatuajes en el antebrazo y tenía un aspecto descuidado, como suelen tenerlo aquellos que acaban de divorciarse. También parecía estar borracho.

Intuí que deseaba llamar la atención, que no solo quería montar una escena sino que pretendía largarse de allí dejando un ojo morado a su paso.

Los hombres no corren. Estando allí, inmóvil, ese inopinado pensamiento cruzó por mi mente.

Dejé escapar un sonoro suspiro y me volví hacia él, porque eso es lo que hacen los hombres. Le pregunté, con el tono de voz más grave del que fui capaz, «qué cojones» quería. Señaló hacia un brillante Mercedes color rojo aparcado frente al restaurante; el tipo de coches que parecen una especie de polla. El sudor le corría por la cara, de un modo un tanto excesivo para aquella tarde más bien fresca. Me fijé en la fiereza de su mirada y me sorprendió sentir miedo y lástima por él al mismo tiempo. ¿Qué habría dicho mi madre? *Mantén la perspectiva.* Escuché con tal

claridad su voz que fue como si la tuviese realmente a mi lado. «Thomas», me advirtió cuando apreté los puños.

Parecía poseído, pensé relajando mis manos.

«He tomado una foto del restaurante que hay detrás de tu coche —empecé a decir suavizando un poco mi tono de voz, saltándome lo que dictan las reglas para estos casos—. Quiero llevar a mi novia a ese restaurante.» Recordé, en el último instante, no rematar la frase con un tono más agudo.

«¡He visto el flash!», gruñó sin lógica ninguna; algo propio de un hombre corto de miras.

Eso era lo peor de todo, entendí. Aquel tipo ni siquiera me veía.

No era una cuestión personal.



«Los hombres no se abrazan», me había dicho mi tío, años atrás, extendiendo la mano hacia mí en un día que hacía calor. Mi nueva vida era una corriente continua de consejos que no había solicitado, una guía para la construcción de una masculinidad verosímil.

Pero mi tío no se equivocaba. Jess solía ser la única persona que me tocaba. Me dio por pensar que aquel hombre que tenía delante, sin afeitar y tan poco amistoso, lo que necesitaba era un poco de contacto humano.

Yo también sabía lo que suponía estar a punto de volverse loco debido a esa clase de necesidad. Podría haberlo aprendido caminando por ahí a pecho descubierto, del mismo modo en que había aprendido a limitar el uso de los signos de exclamación en mi correspondencia, pero era consciente de todo lo que mi cuerpo masculino provocaba en ese sentido: la fría distancia de los amigos en los momentos difíciles, mi consciente distanciamiento de la gente, especialmente de las mujeres, que me per-

cibían como una amenaza; detalles que conllevaban que prácticamente me hubiese convertido en un fantasma. En un principio acepté esa clase de peajes, pero al final del día me sentía siempre como si estuviese luchando contra una mala traducción de mí mismo. ¿Qué me había ocurrido?

Una vez finalizada la pantomima, me di la vuelta y me dispuse a alejarme del tipo enojado de la calle Orchard, pero él se me cruzó por delante cuando intenté moverme y colocó su grueso brazo extendido frente a mi pecho cicatrizado. Lo cual, extrañamente, me llevó a pensar en los avances tecnológicos que habían permitido esa situación, pues dichos avances habían conllevado la valiosa recompensa de saber que me encontraba, por fin, «en el cuerpo adecuado».

Capté el olor a menta en su aliento y confirmé también los rastros de licor. La tarde acababa. Lo miré con tristeza. «Dame. Tu. Teléfono», me dijo enfatizando cada una de las palabras, como si hubiese captado mi empatía y pretendiese de ese modo eliminarla.

Ambos estábamos deseando saber si yo sería capaz de hacer algo. Pero ¿qué? Pesaba treinta y cinco kilos más que yo y era trece centímetros más alto. ¿Tenía que pegarle? ¿Podría hacerlo? Estudié su punzante mirada. Podría hacerlo si me veía obligado.

Sentí cómo me poseía un instinto primario mientras esperaba algún gesto por su parte. Dejarse llevar me pareció una opción terrible pero también atractiva. Lo miré calculando la distancia entre los dos. Él se tambaleó y después sonrió con un matiz perverso cuando yo me encogí. Transmitía ese tipo de masculinidad que yo tan bien conocía, podía *olerla* incluso, compensada por una profunda bocanada de inseguridad. Resultaba difícil saber, como sucede siempre en estos casos, si de niño había sido el acosador o el acosado. Fuera como fuese, una parte de mí deseaba aferrarse a ese gastado cliché masculino que implica arriesgar el cuerpo para ganarse el derecho a existir en él.

Tú eres un hijo del universo, decía el poema que mi madre me había escrito en una tarjeta de cumpleaños hacía ya mucho tiempo, *tienes derecho a estar aquí*. Noté la tristeza en mi pecho. Sonó mi teléfono móvil interrumpiendo aquel oscuro ensueño. Debía de ser Jess, quería saber dónde estaba. Yo deseaba estar en el apartamento, con ella, comiendo helado, sumidos ambos en la narcótica dicha del enamoramiento. ¿Por qué, en lugar de eso, estaba allí, intentando convertir mi cuerpo en un arma?

Yo era un hombre, eso al menos estaba claro. Pero, aunque había empezado a serlo años atrás, todavía me preguntaba qué significaba eso exactamente.



Había llegado a la conclusión de que los demás también se preguntaban lo mismo.

Durante los primeros años en los que me inyecté testosterona, abundaron los titulares de prensa un tanto histéricos que vinculaban masculinidad y crisis económica. Por lo visto, lo ocurrido tras la recesión, la oleada de suicidios, la adicción a las drogas e incluso la moda de las barbas tenían su origen en la tremenda inseguridad que había provocado la pérdida masiva de puestos de trabajo y el consecuente terremoto que habían sufrido los hogares liderados por hombres después de la crisis. Todo se debía a una «crisis de masculinidad» global. (Dicha idea, que no era nueva en los círculos académicos, había encontrado ahora su hueco también en la cultura popular.) En Estados Unidos la historia había seguido su curso, los hombres se habían convertido (algunos contra su voluntad) en padres encargados de las labores del hogar o habían vuelto a estudiar centrándose en ámbitos tradicionalmente dominados por las mujeres, como la enfermería, o bien, con la intención de no recurrir a esto último, habían regresado a casa de sus padres y se pasaban el día

entero frente a los videojuegos. Por lo visto, según uno de los números de 2010 de *The Atlantic*, estábamos siendo testigos de «el fin de los hombres».

Al parecer, un cierto tipo de hombre —blanco, propio del entorno rural, mayor— sí estaba desapareciendo, y muriendo, y matándose, por sobredosis. Ese tipo de hombre sí estaba en crisis; por lo visto, en el más amplio sentido de la palabra. Pero no daba la impresión de que algo así fuese a suponer el fin de la masculinidad o, al menos, no lo iba a suponer para mí. A esas alturas, la testosterona estaba empezando a hacer efecto y prácticamente todos los que me rodeaban se habían propuesto educarme para que pudiese cumplir con el estereotipo de hombre fuerte-y-silencioso cuyo reinado, precisamente, estaba por finalizar; tanto conocidos como amigos estaban siempre pendientes de mí en lo relativo a cuestiones de género, geografía o socioeconomía. Para ellos, todo lo relacionado con esas cuestiones afectaba la idea de la masculinidad. Tal vez fue ese el motivo de que empezase a obsesionarme con el hecho de narrar la «crisis de la masculinidad» desde dos enfoques muy concretos: por un lado, los efectos colaterales de la crisis económica asociados a una visión fundamentalista de las cuestiones de género, que asociaba masculinidad y trabajo; y por otro, el hecho de encontrar vínculos con mi propia experiencia de dislocación respecto a mi cuerpo. Debido a mis particulares circunstancias, entreví que la «crisis» era mucho más compleja de lo que la gente pensaba, pues su origen se encontraba en algo mucho más profundo que lo que marcaban las cuestiones de clase social, raza o tradición. Intuía que la esencia de la crisis era inherente a la propia masculinidad y que por eso precisamente afectaba a todos los hombres, incluso a aquellos que sentían que habían superado con éxito los retos impuestos por unas convenciones obsoletas. Después de todo, eran los hombres que leían libros sobre inteligencia emocional o los que vestían camisas a medida los que

habitualmente me aconsejaban, con el camuflado e informal sexismo propio de los cosmopolitas, que afrontase las citas con mujeres como si se tratase de un asunto bélico o que controlase las reuniones de trabajo mediante un simiesco uso del lenguaje no verbal.

A mí me daba la impresión de que estar en crisis era una reacción natural al hecho de ser hombre, cualquier clase de hombre, incluso si al serlo no se encajaba con lo que todo el mundo creía que debía ser.

Empecé a pensar en este tipo de cosas en 2011, el año en que me inyecté testosterona por primera vez. Había empezado a trabajar como periodista a tiempo completo por primera vez en mi vida, ejerciendo de editor en un periódico de Boston, y seguía con macabra curiosidad todos los titulares que aparecían sobre el tema en Estados Unidos o en Gran Bretaña; incluso lo que se comentaba al respecto en lugares tan lejanos como China. En Estados Unidos la cuestión no tardó en transformarse en lo que ahora se conoce como *estratificación generacional y de clase social*. Es decir, los hombres más desfavorecidos han quedado «descolgados» por dos razones: han ascendido los índices de escolarización entre las mujeres y ha aumentado la tendencia a evitar el matrimonio entre los colectivos con menos ingresos.

A todas estas, en las ciudades los hombres empezaban a vestirse como leñadores y a dedicar sus ratos libres a la artesanía para volver a conectar con los trabajos manuales de antaño, aunque ahora con una actitud masculina que muchos insistían en definir como radicalmente diferente a la de generaciones anteriores. Por lo visto, según los sociólogos y los antropólogos que se dedicaban a estudiarlos, los jóvenes *millennial* se comportaban con las mujeres de un modo que parecía indicar el inicio de una nueva era de igualdad; especialmente en lo referente a cuestiones laborales. Pero tanto las encuestas como las investigaciones más recientes, por el contrario, dibujaban la posibili-

dad de que los hombres *millennial*, en su conjunto, podrían ser tan «tradicionales» e incluso menos igualitarios en su actitud hacia las cuestiones de género que como lo habían sido sus padres; lo cual iba a provocar que los expertos acabasen afirmando que crecer bajo la tutela de padres que han sufrido la crisis de la masculinidad los habría hecho más refractarios a la igualdad de género, no menos.

Pero esa clase de cuestionamientos iban a producirse más adelante. En 2013, más o menos un año antes de que esta decepcionante visión de la historia empezase a tomar cuerpo, perdí mi trabajo como periodista en Boston debido a los despidos generalizados. Era lo bastante ahorrador como para subsistir como *freelance* y con contratos parciales, así que me dije que podía ser optimista y me lancé en busca de historias sobre hombres para los que la crisis hubiese supuesto una oportunidad para cuestionar los aspectos negativos de la hombría. Porque tenían que estar ahí fuera: hombres que, por ejemplo, se habían convertido en padres más comprometidos, según indicaban los expertos. Las estrellas del rap y los deportistas profesionales empezaron a tomar la palabra al respecto. Las comedias centradas en el cariño entre amigos, por otra parte, recaudaban ahora más dinero que las películas tradicionales sobre la amistad viril. Necesitaba encontrar esa clase de historias, necesitaba esa clase de hombres, quería pensar que yo no era el único que buscaba una respuesta diferente a la que ofrecían los modelos masculinos que me habían conformado desde niño; dado que crecí en un pequeño pueblo a las afueras de Pittsburgh.

Pero cuanto más a gusto estaba en mi cuerpo, más incómodo me sentía respecto a lo que se suponía que tenía que ser yo a un nivel profundo. Ese mismo año me mudé a Nueva York y pasé la mayor parte de mi tiempo libre saliendo con mujeres que no me veía capaz de descifrar, en citas que en realidad no podía costearme. No tenía claro cómo decirles que era trans, ni siquie-

ra sabía si tenía que decirlo o no, pero tampoco se me ocurría cómo evitar el sorprendente dejo tradicional que teñía todas nuestras interacciones.

Mientras me esforzaba por encontrarle sentido a mi nuevo lugar en el mundo, la economía mejoró y tuvieron lugar ciertos cambios culturales significativos, relacionados principalmente con la paternidad, pero la crisis de la masculinidad se intensificó. Los hombres con los que crecí se suicidaban. Como si se tratase de una epidemia motivada por los opiáceos, las redes sociales estaban dividiendo a los estadounidenses. Podía notar la grieta que se había abierto bajo mis pies. Encontré lectores para mis historias, pero al mismo tiempo los *trolls* me atacaban cada vez que escribía algo en Twitter. «No eres un hombre —me decían una y otra vez—. Y nunca lo serás.»

Era el año 2015. Todo el mundo me decía: «No leas los comentarios». Pero es que todo parecía estar conectado: la política, las citas, el sexismo, los *trolls*, los *millennial*, los opiáceos, la gente bien. No podía quitarme de la cabeza la idea de que la crisis global de la masculinidad encerraba en su amargo centro una verdad que evidenciaba algo importante y aterrador sobre aquello de lo que hablamos cuando hablamos de los hombres. De todos los hombres. Algo que iba más allá de una generación o de la situación política o de la crisis económica. Porque se trataba de una historia de la masculinidad que a todos, absolutamente a todos nosotros, nos habían obligado a creer.



«Tal vez, en lugar de buscar a aquellos hombres a los que quieres parecerte, tendrías que afrontar tus peores miedos sobre tu identidad», me dijo Jess cuando estábamos empezando a salir. Ella sospechaba que mis ideas sobre la masculinidad

estaban marcadas por un inverosímil «romanticismo». Yo no compartía por completo su opinión, pero el hecho de que me animase a reconocer mis miedos me aterrorizó de tal modo que intenté evitar pensar en ello; hasta que me topé con el tipo de la calle Orchard y ya no tuve duda alguna sobre la inteligencia de Jess. Finalmente, me topé con el reflejo más desagradable de mí mismo en el espejo: cuando él apretó sus puños yo también apreté los míos. Si hubieses sido testigo de esa escena sin saber nada de mí, difícilmente habrías identificado qué era lo que hacía que fuésemos tan diferentes; y no te habrías equivocado.

«¡Eh!», gritó el hombre. Noté cómo el mal rollo recorría mi cuerpo, pero logré mantener el control y me di la vuelta y eché a andar. Oí a mi espalda sus fuertes pisadas. Íbamos hacia Seward Park, donde sabía que habría padres y madres y niños jugando en los toboganes, gente de Nueva York que, al menos eso esperaba, me ayudarían a levantarme si me tumbaban de un puñetazo cuando estuviese frente a ellos.

A las madres me refiero, obviamente.

«¡Eh! —gritó cuando nos aproximábamos a la esquina, y añadió, con un tono más amenazador—: ¡Cabrón!»

Un grupo de chicos del barrio, sorprendidos por una escena real de aquello a lo que ellos jugaban, se volvieron para mirarnos.

Estaba avergonzado. Quería que me abrazasen. Quería tomarme una taza de té en una sala de estar caldeada por el sol en un mundo comprensible. Quería tener una vida que nunca más volvería a tener. Miré al hombre de frente sudorosa y barba crespa y dejé que una ácida oleada de rabia ocupase el espacio de todo aquello que había perdido, lo cual hizo que mi voz adquiriese un tono agrio que apenas reconocí como propio: «No. Le. Estaba. Haciendo. Una. Foto. A. Tu. Puto. Coche».

Dio un paso atrás con las manos en alto. «De acuerdo. De acuerdo —masculó—. Dios.»

Me apoyé en una pared. Algo tenía que cambiar.



En mi rincón de Nueva York, la crisis de la masculinidad era ya un hecho consumado; aunque sin duda esas cosas les sucedían a otros hombres, muy lejos de allí.

«Los hombres siguen queriendo pelear conmigo», le dije a mis amigos después de lo ocurrido en la calle Orchard; también se lo conté a mi hermano y a mis compañeros de trabajo. La mayoría de mis interlocutores se encogían de hombros. «Qué raro», decían. ¿Qué habrían hecho ustedes en su lugar?

Empecé a escribir este libro en el año 2015. Todos mirábamos hacia el futuro. Cuando comentaba que estaba escribiendo un libro sobre la masculinidad ya nadie reaccionaba como lo habían hecho cuando la crisis dio comienzo: a menudo sonreían amablemente y cambiaban de tema. Yo lo entendía. Mucha gente tenía la impresión de que llevábamos mucho tiempo hablando de un determinado tipo de hombre. Resultaba mucho más sencillo creer que vivíamos en una época marcada por el progreso y que ese progreso nos empujaría hacia delante, como lo habría hecho la marea. Después de todo, el presidente Obama había llevado la luz del arcoíris a la Casa Blanca y Beyoncé era portada del número de septiembre de *Vogue*. La serie *Transparent* recibía muy buenas críticas en Amazon y Hillary Clinton había anunciado oficialmente su intención de convertirse en la primera mujer en presidir los Estados Unidos. Pero por debajo de la supuesta tranquilidad del momento yo podía sentir el estruendo; era como si los platos temblasen.

Me dio por pensar que tal vez no solo se trataba del hecho de ser trans, sino de que haber completado mi transición en esa

época en concreto me había permitido ver cosas que otras personas no eran capaces de ver. Las reglas que ahora regían mi vida no eran precisamente futuristas: *No dejes que te dominen. No pidas perdón cuando es a ti a quien están molestando. No te hagas de menos. No le sonrías a los extraños. No muestres debilidad.* El ingenuo cuento sobre un mundo sin fronteras, marcado por el progreso, no reflejaba la historia completamente. Podía comprobarlo todos los días en la forma que iba adoptando mi cuerpo, podía leerlo en los titulares de los periódicos, sentirlo en los encuentros que tenía con hombres diferentes: algo terrible estaba sucediendo.

Tal vez, en lugar de buscar a aquellos hombres a los que te quieres parecer, tendrías que afrontar tus peores miedos sobre tu identidad.

En breve, las naciones se verían asoladas por una oleada de autoritarismo, incluida la elección de Donald Trump en Estados Unidos, un hombre cuya campaña presidencial contra la candidata femenina del otro gran partido iba a ser, en muchos sentidos, una especie de referéndum apenas encubierto sobre los cuerpos y las normas que los regulan; especialmente en lo relativo a los recientes logros, políticos y sociales, de aquellos cuya existencia había llevado a cuestionar el largo reinado de la masculinidad blanca: las mujeres, las personas transgénero de toda condición y la gente de color. En breve, una lluvia de acusaciones de acoso y agresión sexual caería sobre ejecutivos, actores y titanes en general de la industria de Hollywood. Ese tipo de hombres no eran dinosaurios extintos. Estaban por todas partes, seguían estándolo.

Pero en 2015, durante las semanas y meses posteriores a lo ocurrido en la calle Orchard, mientras mis amigos se encogían de hombros ante mi pregunta, la crisis, que notaba en mi interior al tiempo que veía cómo se extendía a mi alrededor, proseguía su lento avance. Así que empecé a buscar una nueva mane-

ra de darle forma a mi persona. Me sentía ansioso, impelido del mismo modo en que lo había estado, antes de la testosterona, cuando tenía aquella visión de un hombre sin camisa y con barba sentado en una mesa de cocina, en un futuro inconcreto, y sabía en lo más profundo de mi ser que estaba destinado a convertirme en él.

¿Por qué pelean los hombres? Empecé a enfocar la pregunta como un medio, como un punto de partida para el experimento personal que tenía en mente: si llegaba a ser capaz de verter algo de luz sobre las turbias verdades relacionadas con mis nociones sobre qué hacía que un hombre fuese un hombre, ¿podría cambiar la historia de lo que significaba serlo?

Eso fue lo que me llevó, dos meses después, a hervir un protector bucal en mi cocina, preparándolo para mi mordida.



Las brutales intimidaciones que conlleva el boxeo —entre entrenadores y boxeadores pero también entre oponentes— forman parte de nuestra cultura popular. Supuse que todo ello, precisamente, podría ayudarme a enfocar la cuestión de la violencia masculina desde el ritual y la contención. Me gustaba el boxeo desde hacía mucho tiempo; me habían fascinado las ruedas de prensa subidas de tono de Mike Tyson, *The Rumble in the Jungle* y *The Brawl in Montreal* y *The War*, pero en buena medida era la vertiente literaria del asunto lo que me había llamado siempre la atención, pues me parecía una referencia convincente y una problemática metáfora de mi propia experiencia con la masculinidad: dos hombres, desnudos, descendiendo poco a poco hacia sus esencias frente a una multitud sedienta de sangre, componiendo un hiriente baile de puños en una lucha contra el tiempo perdida de antemano. Había honestidad en esa clase de violencia, una suerte de excelencia que evidenciaba y eclipsaba a

la vez las nociones más tóxicas que alguien como yo tenía de la masculinidad. No podía imaginar una manera más visceral de enfocar la cuestión.

Les propuse a mis jefes de la revista *Quartz* un artículo sobre los hombres que elegían pelear en combates benéficos y también sobre los tipos que los entrenaban. A través de un conocido que había peleado en una de esas veladas años atrás, pude inscribirme en uno de esos combates benéficos contra el cáncer llamado Haymakers for Hope.

Mientras me vestía con ropa deportiva y me ponía las zapatillas de boxeo, no podría haber supuesto hasta qué punto mis esfuerzos por evitar los aspectos tóxicos de la masculinidad provocarían que tuviese que dar un paso atrás y preguntarme sobre el espacio que ocupaba mi propio cuerpo, lo cual me obligaría a tener en cuenta las cada vez más urgentes implicaciones económicas, ambientales y políticas relacionadas con la crisis de la masculinidad; algo que yo, en todo momento, había sospechado que estaba relacionado conmigo mismo.

También había estado leyendo al psicólogo Carl Jung, a quien después de la Segunda Guerra Mundial le obsesionaba qué era lo que provocaba que las personas fuesen malas o, al menos, cómplices del mal. Y había llegado a componer una sencilla y elegante explicación: él creía que dejar de lado cualquier aspecto de la experiencia humana, por desagradable que fuese, creaba una «sombra» de aquello que rechazábamos de nosotros mismos, una sombra que no dejaría de perseguirnos. Cuando no somos capaces de entender que la sombra forma parte de nosotros, la proyectamos sobre los demás, tanto a nivel individual como cultural. Afrontar y aceptar aquello que más nos perturba de nosotros mismos, según Jung, es uno de los principales cometidos morales del ser humano.

Empecé a escribir este libro porque, a pesar de que todavía no había encontrado las palabras adecuadas para describirlo, sa-

bía que no iba entender por qué había querido romperle los dientes a aquel hombre de la calle Orchard sin comprender, al mismo tiempo, por qué él había querido rompérmelos a mí.

Con la intención de llegar finalmente a la noche en la que combatiría bajo los focos en el ring más famoso del mundo, me entrevisté con ejecutivos y con académicos. Pero también hablé con mis hermanos, y con Jess, y con los hombres que me pegaban puñetazos en la cara y me permitían que yo hiciese lo propio con ellos. Intenté enfocar la masculinidad con ojos de principiante e hice preguntas incluso cuando me resultaba incómodo hacerlas, o cuando tenía la boca llena de sangre, o cuando temía parecer estúpido, o perdido, o débil. Especialmente en esos momentos.

¿Por qué pelean los hombres? Esta es la historia de cómo encontré la respuesta.